

EL APRENDIZ DE BRUJO

**por Fernando López García
ganador de la beca "In Libris Carpe Rosam" en Matemática -Año 1999-,
donada por Marcelo G. Barroso Mastronardi**

Desde el nacimiento de la primera oveja clonada hace cuatro años, las noticias acerca de los avances científicos se han sucedido vertiginosamente: la decodificación del genoma humano, la aceptación de la clonación con fines terapéuticos, el nacimiento del primer mono transgénico, etc. Estos hechos nos enfrentan a la imperiosa necesidad de discutir el accionar de la ciencia desde el punto de vista de la ética. En este sentido, parecería que el debate científico debe pasar irremediamente por la misma encrucijada que Albert Einstein frente a las posibilidades de crear la bomba atómica.

El debate acerca de la relación entre ciencia y ética ha suscitado posiciones encontradas en referencia al lugar que ocupan los científicos frente a la producción y la aplicación de sus descubrimientos.

El discurso dominante en el debate ciencia-ética establece una clara diferencia entre la ciencia básica y la aplicación de la misma. Desde esta perspectiva, toda labor científica vinculada a la producción de conceptos puede desvincularse de su aplicación y, por consiguiente, no tiene responsabilidad por las implicancias éticas que este conocimiento acarree. Esta concepción suele manifestarse a partir de la analogía de la "ciencia-martillo", el cual puede ser utilizado para clavar un clavo, como para aplastar cabezas. Es decir, para esta postura, los investigadores de ciencias básicas no son moralmente responsables de las teorías que producen, pues queda en manos de los tecnólogos el aplicar estos conocimientos para "buenos" o "malos" usos. La única moralidad que entraña para el científico el desarrollo de la llamada ciencia pura está vinculada a las actividades de investigar y enseñar.

De este modo, la posición más difundida en relación a este debate (encarnada, entre otros, por Mario Bunge) concibe a la actividad científica como una instancia de desarrollo del conocimiento aislada de su contexto social e histórico.

Sin embargo, pensar a la ciencia como un compartimento estanco, impermeable a factores políticos, económicos y sociales es pretender desestimar el importante papel que juegan las estructuras de poder a la hora de promover o solventar la producción del conocimiento científico. Por otra parte, como cualquier otra actividad humana, la ciencia se inscribe en un marco histórico que la determina.

Puesto que es imposible pensar que la tarea del científico se desarrolle en un cuarto cerrado ajeno al contexto de su producción, es tarea de todo científico reflexionar acerca de las implicancias de sus investigaciones.

La política y la ética científica no son dos dimensiones de análisis autónomas e independientes por completo de la filosofía de la ciencia. De acuerdo con la política y la ética de la ciencia, el modo de producción de ésta varía sensiblemente. No solo porque la ciencia es una práctica social, práctica que en toda teoría incluye las condiciones de su aplicación, sino porque de acuerdo con las condiciones sociales, económicas, políticas y éticas de producción de la ciencia, los propios procedimientos lógico-metodológicos de que da cuenta la así llamada historia interna de la ciencia, se van articulando y variando (Marí, E. 1990: 30).

Resulta fundamental reconocer que el desarrollo tecnológico no es autónomo, sino que pertenece a la producción del conocimiento científico. Este conocimiento se obtiene con dinero, es decir con poder. No podemos caer en la inocencia de creer que la asignación de recursos va por un camino distinto de los intereses de la política y de la economía. Pero eso conlleva el peligro de que sean los poderes económicos los que decidan qué se investiga. Resulta fundamental, entonces, reconocer que el desarrollo tecnológico no es autónomo, sino que pertenece a la producción del conocimiento científico.

Tampoco podemos aceptar que esos poderes solo influyen sobre la aplicación de las producciones, puesto que eso implicaría creer en la existencia de la "libertad de investigación" o bien desconocer que el sistema determina activamente el desarrollo de la ciencia fijando sus prioridades. Asimismo, estaríamos asumiendo una distinción entre teoría y aplicación, distinción que le permite al científico rehuirle a la responsabilidad de los resultados de su investigación.

Es deber de los científicos asumir su responsabilidad como productores de un saber que surge en el seno de una red social y, por lo tanto, entraña las condiciones de su aplicación desde la instancia misma de producción. La capacidad de crear nuevos conocimientos conlleva una enorme responsabilidad. Es deber del científico ser consciente para no caer en la metáfora del

aprendiz de brujo que conocía las palabras mágicas pero no era capaz de deshacer el hechizo.

Bibliografía consultada

- Bunge, Mario (1985). "La tecnología y los males de nuestro tiempo", en *Seudociencia e Ideología*, Madrid, Alianza.
- Díaz, Esther (comp.) (1994). "Ciencia contemporánea y responsabilidad ética", en *La producción de los conceptos científicos*, Buenos Aires, Biblos.
- Marí, Enrique (1990). *Elementos de epistemología comparada*, Buenos Aires, Puntosur.
- Varsavsky, Oscar (1994). *Ciencia, política y cientificismo*, Buenos Aires, CEAL.